per sée

Bulletin Hispanique

Presente y futuro de la investigación sobre las élites en la Cataluña del Antiguo Régimen

Ricardo García Cárcel

Citer ce document / Cite this document :

García Cárcel Ricardo. Presente y futuro de la investigación sobre las élites en la Cataluña del Antiguo Régimen. In: Bulletin Hispanique, tome 97, n°1, 1995. pp. 385-396;

doi : https://doi.org/10.3406/hispa.1995.4874

https://www.persee.fr/doc/hispa_0007-4640_1995_num_97_1_4874

Fichier pdf généré le 29/03/2019

BY: $ = creative commons

PRESENTE Y FUTURO DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE LAS ÉLITES EN LA CATALUÑA DEL ANTIGUO REGIMEN

Ricardo GARCÍA CÁRCEL*

La notion d'« élite », dans l'historiographie récente, a fini par se substituer à celle d'état, de classe, de bourgeoisie. C'est des élites de pouvoir que l'on s'occupe surtout aujourd'hui. Peut-on parler d'une culture des élites ? Des travaux concernant la présence du livre dans les inventaires de biens en Catalogne viennent d'ouvrir de nouvelles perspectives dans ce domaine.

La noción de « élites », en la historiografía reciente, se ha sustituido a la de estamento, de clase, de burguesía. Las élites de poder son las más estudiadas hoy día. ¿ Cabe hablar de « cultura de las élites » ? Unos trabajos sobre la presencia del libro en los inventarios de bienes en Cataluña vienen abriendo nuestras perspectivas en este campo.

The concept of « clite », in recent historiography, finally substituted itself to those of state, class, bourgeoisie. It is upon power elites that the stress in now put. Is there such a thing as the culture of elites ? Research concerning the presence of the book in the inventories of goods in Catalonia is now opening new prospects in that field.

Mots-clés : Élites - Inventaires ou bibliothèques - Histoire urbaine - Pouvoirs locaux.

Vivimos un período de euforia de la historiografía de las élites. El viejo concepto que elaboraran Mosca y Pareto en los años veinte y treinta como artefacto aglutinante de unas minorías selectas con la misión expresa de frenar a las temidas masas en un contexto histórico de evidente miedo a la revolución, ha sido desenterrado en los últimos años como alternativa al vacío teórico generado por el deconstruccionismo sociológico y la desideologización salvaje que ha laminado el estructuralismo sociológico y los sistemas de valores que fundamentan las viejas compartimentaciones estamentales[1].

* Universidad Autónoma de Barcelona, Departament d'Història Moderna i Contemporània, Edifici B, 08193 Bellaterra, Barcelona, España.

1. G. Mosca *La clase política* (1939), México, 1984, W. Pareto « Tratado de sociología general » (1916-1917), reproducido en *Estudios sociológicos*, Madrid, 1987.

Persée creative commons

Bajo la etiqueta de élites se funden los estratos superiores de los conceptos estamentales clásicos de nobleza, burguesía y clero, unidos por la argamasa de las supuestas dotes de clases elegidas, escogidas. El problema empieza porque uno no sabe quién las escoge como tales élites. « Muchos los llamados, pocos los escogidos », aquella primera formulación bíblica de la ley de la oferta y la demanda, tenía a Dios como el gran elector, pero ¿ quién elige o separa el grano de la paja en la oferta y demanda sociológica ? Si no elige Dios, ¿ son los mismos grupos sociales elitistas los que se autoescogen en un singular ejercicio de cooptación sociológica en función de particulares criterios de representación social ? ¿ o son los sociólogos los que establecen las fronteras de la separación, los que establecen el fetiche – como dice Marx – de las élites ?

Por otra parte, el concepto de élites no se sabe dónde termina. El historiador de las élites a la busca de las esencias elitistas puede llevar a cabo un ejercicio de depuración del que no sabe su límite. Toda élite implica una jerarquización de élites que nos conducirá implacablemente a buscar la élite de la élite. ¿ En qué momento se frena el proceso selectivo ?

Es evidente que la promoción de las élites como concepto sociológico en los últimos años (desde el Congreso de Metodología y Fuentes para el estudio de las élites en España en Sedano en 1991 han proliferado los coloquios y las publicaciones sobre este tema)[2] obedece, a mi juicio, al fracaso en la conceptualización de las diversas clases sociales y en la operatividad del propio concepto de clase social. Las supuestas condiciones objetivas o propiedades sociológicas, de la capacidad de explotación o coacción a las jerarquías de los niveles de vida material o de las categorías socioprofesionales esgrimidas en los célebres coloquios de Saint Cloud no han permitido dejar claras las fronteras entre los diferentes grupos sociales[3].

El concepto de la burguesía viene siendo puesto en cuestión por los trabajos de Raffaelle Romanelli y J. Kocka[4]. Aquella vieja abstracción que el romanticismo sublimó como agente del cambio social que permite saltar del feudalismo al capitalismo, el marxismo convirtió en depositaria de los valores del *homo economicus* representativo del sistema capitalista y Max Weber y Sombart a comienzos de nuestro siglo convirtieron en un casi metafísico « espíritu burgués » con criterios distintos, hoy resiste mal el desguace a que

---

2. El más interesante congreso que conocemos sobre este tema es : *Les élites locales et l'État dans l'Espagne moderne XVI-XIX siècles.* (Toulouse, 1990), Paris, 1993, coordinado por M. Lambert-Gorges.

3. J. Dupaquier, « Problèmes de la codification socio-professionnelle » *en L'Histoire sociale. Sources et méthodes*, PUF, Paris, 1967 (coloquio de St Cloud de 1965), p. 157-181 ; Labrousse y otros *Ordenes, estamentos y clases.* Siglo XXI, Madrid, 1978, (coloquio de St. Cloud de 1967). Sobre la clasificación socio-profesional interesa mucho la reflexión de Bourdieu. Vid. R. Accardo y Ph. Corcuff, *La sociologie de Bourdieu. Textes choisis.* Bordeaux, 1986.

4. J. Kocka, *A propósito de la burguesía. El problema de las élites en la Italia del Ochocientos*, Ayer, 2. (1991), p. 29-48 ; R. Rommannelli, « Borghesia, Bürgestum, bourgeoisie. Itinerari europei di un concetto ». en J. Kocka (ed.) *Borghesie europee dell'Ottocento.* Venecia, 1989, p. 69-94 ; I. Wallenstein, *The bourgeoisie as concept and reality. New Left, Review*, 167, 1988, p. 90-105 ; J. Barry, *Identité urbaine et classes moyennes dans l'Angleterre moderne, Annales*, julio, 1993, p. 853-882.

está siendo sometido. Los paradigmas de *burguesía* y *revolución burguesa* han fracasado cuando se han visto sometidos a la verificación de los comportamientos de los *burgueses*, cuando han caído mitos como *la ausencia de la burguesía* en España, el *individualismo burgués* en Inglaterra o las presuntas *misiones históricas* con cumplimiento o incumplimiento de las mismas (por ejemplo, el viejo concepto braudeliano de *traición*). Tampoco el concepto de la nobleza o de aristocracia pasa por su mejor momento historiográfico. La floración de estudios sobre la nobleza en los últimos años ha trasladado su atención por el régimen señorial – jurisdicción y propiedad de la tierra – hacia la historia de las mentalidades – la mentalidad nobiliaria – que ha permitido diluir las diferencias de las actitudes de la nobleza con las actitudes de la burguesía buscando nexos de vinculación entre ambas[5].

La intensa mescolanza matrimonial, el continuado proceso de concesión de títulos de nueva creación y la convivencia en un territorio de sociabilidades compartidas diluye a nobles y burgueses en un magma sociológico de cada vez más difíciles fronteras estamentales haciendo inútiles los viejos debates anglosajones sobre la *gentry* o la crisis de la aristocracia inglesa (modelo Stone)[6].

El clero en la conceptualización de clases siempre quedó descolocado, porque su identidad no se ajustó nunca a los criterios estratificadores clásicos sociales. La Iglesia quedaba como sociedad cerrada en sí misma, autónoma en cualquier caso respecto a la tríada : nobleza-burguesía-pueblo. El propio concepto de pueblo, como ha demostrado Amelang, nos produce desazón ubicatoria[7] ¿ Clases populares como sinónimo de clases explotadas o dominadas ? ¿ O simplemente tercer estado, acepción que desde un punto de vista jurídico se aglutinaría con la burguesía en un magma separado de la nobleza y clero, como quiere Daniel Roche)[8].

Por otra parte, ¿ todo el pueblo merece la misma ubicación social ? ¿ Qué decir de las *élites plebeyas* ? ¿ Cómo no conceder una vía de *redención* sociológica a las clases populares ?

---

5. Vid. en este sentido los trabajos de M. A. Visceglia, « Un groupe social ambigu. Organisation, stratégies et representations de la noblesse napolitaine. XVI-XVIII s. », 1993 (4), p. 819-851, julio-agosto 1993 ; P. Levêque, « Les noblesses européennes au XIX[e] siècle ». Actas del colegio de Roma, noviembre 1985 ; P. Ponsot, « Les societés fermées dans le monde ibérique (XVI-XVIII[e] s.), Bordeaux, 1985. D. Raines, « Pouvoir ou privilèges mobiliaires. Le dilenme du patriciat venitien face aux agrégations du XVII[e] siècle ». *Annales*, 1991, (4), p. 827-847. D. Bohanan, *Old and New Nobility in Aix-En- Provence. 1600-1695. Portrait of an Urban Elite*. Londres, 1992 ; E. Schalk, *From valor to Pedigree. Ideas of Nobility in France in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. Princeton 1986 ; D. Venturino, « L'ideologia nobiliare nella Francia di antico Regime. Notte sud dibattito storiografico recente ». *Studi Storici*, 1988, p. 61-101.

6. L. Stone, *The crisis of aristocracy. 1558-1641*. Oxford, 1985 ; L. Stone y J. Fautier-Stone, *An open Elite. England 1540-1880*. Oxford, 1984.

7. J. Amelang, « Institucions no institucionals ? Els fonaments de la identitat social a la Barcelona moderna. » *Pedralbes*, 13, II, 305-311 ; « El pueblo y su cultura : aproximaciones históricas ». En *Pueblos, naciones y estados en la historia*. Universidad de Salamanca, 1994, p. 97-109.

8. D. Roche. *Les Républicains des lettres. Gens de culture et lumières au XVIII[e] siècle*, Fayard, Paris, 1988.

En este contexto de desconcierto ubicatorio, en este peregrinaje de los estamentos por encontrar un lugar ordenado al sol de la metodología, es perfectamente lógico que los historiadores hayan vuelto al redil de las élites, conviniendo en la comodidad que representa quitar estantes del armario sociológico y jugar con dos grandes cuerpos : elegidos-electores ; élites-pueblo.

La frontera, insistimos, que determinaría esa supuesta condición de élite elegida sería compleja. Incidirían componentes económicos (patrimonio y rentas), políticos (cargos públicos y poder institucional), jurídicos (títulos), sociales (notabilidad, reconocimiento) y culturales (monopolio, cultura hegemónica, capacidad de perpetuación a través de herencias culturales). En función de estos criterios se han usado múltiples categorías conceptuales sinónimas de élites pero con otros nombres : *clases privilegiadas* (D. Ortiz), *oligarquías dirigentes* (M. T. Pérez Picazo), *notables* (Bergeron, Chaussinaud-Nogaret), *buenas familias* (McDonnogh), *ricos* (Pérez Ledesma), *señores y propietarios* (P. Ruiz Torres)[9]. En todos estos conceptos brilla con luz propia como signo de identidad fundamental de las élites el concepto de *poder* que se proyecta en diferentes formas, desde el privilegio fiscal a la capacidad de influencia o notabilidad social.

En definitiva, la historia de las élites se nos convierte en la historia de los poderes, los poderes entrecruzados y no siempre contrapuestos de los poderes centrales y locales, los económicos y los políticos, los laicos y los religiosos. Bajo ese rótulo no sólo ha muerto la sociología de las clases y órdenes sociales, sino también la historiografía del Estado, del viejo régimen monárquico-señorial (Maravall) que ha quedado desmigajado en despojos de poder invertebrado con un escenario alternativo al del Estado sublimado en los últimos tiempos hasta el delirio : la Corte.

Estas élites de poder han sido las que se vienen estudiando en España (sobre todo el grupo de Martínez Millán)[10].

La dialéctica entre los poderes del Estado y de las élites regionales o locales ha generado múltiples trabajos. Hoy es difícilmente defendible la teoría de la permanente confrontación de los poderes centrales frente a los locales. La

---

9. A. Dominguez Ortíz. *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1979. M. T. Pérez Picazo, « Formes de pouvoir local dans l'Époque moderne et contemporaine. Des bandes au caciquisme au royaume de Murcia (XV-XIX siècle) ». En *Patronat Klientel Beziehungen in der Frühen Neuzit*, Munich, 1984 ; M.T Pérez Picazo, *Oligarquías municipales y liberalismo en Murcia. 1750-1845*. Áreas (Murcia) N° 6, 1986 ; M. T. Picazo y G. Lemeunier, *De regidor a cacique : Las oligarquías municipales murcianas en el siglo XIX* en P. Saavedra y R. Villares Eds. *Señores y campesinos en la Península Ibérica*, siglos XVIII-XX : *Os señores da Terra*. Barcelona 1991, p. 16-37 ; I. M. Bergeron y G. Chaussinaud-Nogaret. *Grands notables du Premier Empire. Notices de biographie sociale*. Paris, 1978-87 ; G. W. Mc Donnogh. *Las tramas familiares de Barcelona. Historia social del poder en la era industrial*, Barcelona 1989 ; M. Pérez Ledesma. « Ricos y pobres, pueblo y oligarquía, explotadores y explotados. Las imágenes dicotómicas en el siglo XIX español ». *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 10. (1991), p. 59-88 ; P. Ruiz Torres, *Señores y propietarios. Cambio social en el Sur del Pais Valenciano. 1650-1850*. Valencia, 1981.

10. J. A.Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, 1972 ; J. Martínez Millán (ed.) *Instituciones y élites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*. Universidad Autónoma de Madrid, 1992 ; *La corte de Felipe II*. Madrid, 1994, p. 13-37. También la historiografía de la Inquisición se está orientando en este sentido. Vid. la tesis doctoral de Ángeles Cristóbal, *Relaciones privadas y poderes locales. El tribunal inquisitorial de Logroño*, (UAM, 1992).

precariedad de medios del Estado le obligó a pactar con las élites locales en condiciones muchas veces de dependencia. Las relaciones verticales entre la *court* y la *country* (Trevor Roper) no se pueden explicar sin tener en cuenta las relaciones horizontales. Xavier Gil ha puesto de relieve que la vieja óptica *whig* de los estudios sobre la revolución inglesa hoy es indefendible. La oposición parlamentaria pierde trascendencia en beneficio de facciones entre los diversos círculos de poder. No va a ser el Parlamento, sino la comunidad local la que va a derrotar a Carlos I, y no por odio a la causa realista, sino por odio a la guerra. Ese revisionismo historiográfico afecta hoy a todos los países. (la Prusia de Black, la Bohemia de Evans o el Languedoc de Miller) poniéndose en evidencia que el absolutismo y la centralización se ejercieron siempre en función de los poderes locales que conservaron notables parcelas de autonomía. La conducta colaboradora o resistente de las clases dirigentes locales, provinciales, resultado de la difícil combinación de interés vertical y lealtad a unos principios nunca inamovibles fue tan importante como la acción de los gobiernos. El patriciado milanés y los barones y juristas napolitanos, sicilianos y sardos permitieron, según X. Gil, la soberanía de los Austrias sobre los territorios e impidieron que el dominio español fuera demasiado intenso. La dependencia del centro respecto a las fuerzas sociales periféricas es muy clara.

Respecto a Cataluña, en la misma línea, J. L. Palos ha puesto de relieve que la centralización por parte de la monarquía sólo se pudo ejercer allí donde los grupos dirigentes locales presentan perfiles definidos e intereses relativamente homogéneos, donde el interlocutor era fácilmente identificable y con el que se podía negociar. A juicio de Palos, mientras en Castilla la alianza con la aristocracia actuó como contrapeso al influjo de los cuerpos burocráticos, en el Principado la administración real – en particular, la Audiencia – tuvo que nutrirse de la misma cantera social que la que proporcionó los cuadros de la Generalitat y el Consell de Cent. Las élites del Estado, a la postre, en Cataluña carecieron de un sustrato social propio diferente al de las instituciones autónomas, lo que condicionó, en buena parte, el fracaso de los proyectos de Olivares en 1640.

Lo que varió fue el criterio de recluta y la promoción a los cargos de las élites centrales y locales, según ha estudiado Mª Adela Fargas para Cataluña. La administración central primó más el status social y los méritos administrativos individuales que el clan familiar. En cambio, las élites locales ascendieron a los cargos autonómicos a través del proceso de insaculación, un sistema de cooptación indirecta, que garantizó que las grandes familias desarrollaran unas estrategia de colocación de sus miembros ya en la política, ya en los negocios. El propio sistema de herencia en Cataluña así lo condicionaba con el « fradistern » por colocar. El Estado a la hora de designar los cargos de su administración tiene en cuenta más el currículum individual ; las instituciones autónomas actuarían, en cambio, por imperativo de una estrategia familiar que está por encima de la voluntad selectiva de la institución[11]. El esquema foucaultiano de represión y control social vertical de arriba abajo carece de sentido. Los programas educativos promocionados desde la corte no siempre

funcionaron. El desigual éxito de las Academias así parece indicarlo. El oficialismo que tanto se les ha atribuido no es generalizable (muy evidente en el Nápoles del siglo XV, es todo lo contrario en el Nápoles del siglo XVII). Si la Francia de Luis XIV refleja un centralismo político-social-cultural incuestionable con unas élites provinciales y locales colaborando en el proyecto político del Rey Sol no podemos decir lo mismo de la Francia de Luis XIII[12].

En definitiva, en los últimos años se intenta comprender mejor las élites analizando sus relaciones, la estrategia comunicativa, su proyección y movilidad. Se ha intentado configurar el proceso de formación de las élites y el *network analysis* ha llevado a introducirse en una dinámica social febril que ha buscado ansiosamente la estructuración de las relaciones interpersonales a través de las redes de amigos, parientes, vecinos, compañeros de trabajo, contactos sociales, establecidos en función de vínculos primarios y secundarios que nos han conducido hacia el estudio del patronazgo y clientela, figuras de mediación como *brokers* o *go-between* (enlaces) y los grupos de presión o *lobbys*.

A la red más primaria – la familia – se han ido superponiendo redes más complejas como las sentimentales (amores, odios), de transacción (compra-venta, regalos), instrumentales (relaciones culturales, solidaridades) o de autoridad y legitimidad[13].

Naturalmente, este análisis histórico sólo puede hacerse en grupos humanos reducidos ; de ahí la proyección y la funcionalidad de la microhistoria en los últimos años[14].

De esta manera la preocupación por el concepto de identidad ha dado paso al interés por la problemática de la relación. Hasta las identidades nacionales están siendo reconsideradas en función de la relación con los otros, con el vecino, con el amigo-enemigo[15].

---

11. Vid. al respecto la obra de D. Richet. Vid la reseña de M. Yardeni « La France moderne de Denis Richet », *Revue d'Historie Moderne*, 41 (1), enero-marzo 1994. Para Cataluña, J. L. Palos, « Les institucions catalanes a l'época moderna i l'ascens dels juristes », *Pedralbes*, 13, p. 53-67 ; A. Fargas, « Historia del poder i estructures familiars de la classe dominant a la Catalunya moderna », *Pedralbes*, 13-II, 1993, p. 243-249. Para un planteamiento más general, X. Gil, « Noves visions sobre velles realitats de les relacions entres la capital i els territoris a les monarquies europees dels segles XVI i XVII », *El barroc català*, p. 23-47. Análisis locales de interés los de C. F. Black, « Perugia and Papal absolutism in the sixteenth century ». *English Historical Review*, 96, 1981, p. 509-539 ; R. J.Evans, *The making Habsburg monarchy. 1550-1700*, Oxford, 1979, y J. Miller. « Les Estats de Languedoc pendant la Fronde ». *Annales du Midi*, 95, (1983), p. 46-65.

12. P. Burke, *La fabricación de Luis XIV*, Madrid, 1995.

13. F. Requena Santos, *Redes sociales y mercado de trabajo. Elementos para una teoría del capital relacional*, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglos XXI, Madrid, 1991, p. 34-49 ; G. Gauvard, « Violence citadine et réseaux de solidarité. L'exemple français aux XIV[e] et XV[e] siècles », *Annales*, 1993 (5), p. 113-126 ; G. Rosser, *Solidarité et changement social. Les paternités urbaines anglaises à la fin du Moyen Age*, Annales, 1993 (5), p. 1127-43 ; Vid. « Tournant critique », Annales, noviembre-diciembre 1989 y el dossier : « Mobilités », *Annales*,1990, nov-dic.

14. Vid. especialmente J. Serna y A. Pons, « El ojo de la aguja. ¿ De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria ? » *Ayer*, 12, 1993, p. 93-115.

15. Vid. B. Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spead of Nations*, Londres, 1983 ; A. de Blas Guerrero, *Nacionalismo y naciones en Europa*, Madrid, 1994.

A las dificultades que plantea la propia conceptualización de las élites hemos de analizar los problemas inherentes al propio concepto de cultura. ¿ Es válido hablar de élites culturales ? ¿ Saber es poder ? ¿ Poder es saber ? ¿ Tiene sentido la jerarquía de Bourdieu distinción –divulgación ? ¿ Qué cultura es la que separa la élite del pueblo ? ¿ Dónde hay que situar la frontera ? ¿ En la alfabetización completa ? ¿ En la posesión de uno, veinte o cincuenta libros ? ¿ Qué nivel de consumo cultural otorga la patente de elitismo cultural ? La problemática es compleja y no la vamos a resolver aquí. Desde luego sí parece evidente que las élites sociales no coinciden con las élites culturales. El clero, los funcionarios o los comerciantes fueron élites culturales (con un 100 % de alfabetismo), y en muchos casos están muy lejos del concepto de élite social o política.

Pero yo me proponía hablar aquí de las culturas de las élites de Cataluña en el Antiguo Régimen. La primera precisión que había que hacer es que de Cataluña nada o casi nada sabemos. Hablamos sólo de Barcelona. El motivo es que Barcelona contó con un grupo social bien definido como tal élite, con sus propios representantes : los ciudadanos honrados, con todos sus sinónimos : prohoms, cavallers de la República, los grandes, patriciado urbano... con tratamiento de mosen, honorable o magnífico.

Su definición la trazaron diversos tratadistas en el siglo XVII con los siguientes ingredientes :

– « Trato, respeto y estima » (Bosch)
– « Llevan vida militar o mayor honra » (Bosch)
– « Vivir de sus rentas, no de trabajo mercenario » (Xaupí)
– « Vida holgada, trato honorífico » (Xaupí)

Honra social y rentismo como modo de vida constituían los dos elementos de su identidad. Su separación de la burguesía comercial es ostensible[16].

James Amelang ha sido el historiador que mejor ha estudiado la formación de esta clase que él define como clase dirigente : su dicotomía entre ciutadans de matrícula y ciutadans de nombramiento real, la movilidad vertical y horizontal, el extraordinario papel de los « gaudints » (juristas y médicos), como la punta de lanza de las élites nuevas frente a las viejas.

La escalada de los ciutadans de nombramiento real frente a los de matrícula a fines del siglo XVII está más que probada (Felipe IV de 1653 a 1665 legitima 11 ciutadans de matricula y nombra a 113 de extracción diversa ; Carlos II legitima a 30 y nombra a 201).

Rosa Mª Alabrús la puesto el acento en su tesis doctoral en que estos nombramientos fueron la contraposición del rey a la quietud política, la actitud posibilista de las élites barcelonesas, muchas de ellas, por cierto, de extracción rural.

16. Vid. J. Amelang, *La formación de una clase dirigente. Barcelona 1490-1714*, Barcelona, 1986.

Las grandes familias que configuraran el poder político con los años del neoforalismo y de la guerra de Sucesión no eran barcelonesas (Casanova de Moiá, Feliu de la Penya de Mataró, Feu de Sabadell, Vilaplana y Cortada de Lleida, Duran y Miquel Descatllar de Girona...). La alianza del derecho y del dinero es una realidad bien ostensible en estas élites (matrimonios significativos son de los Pau Lledó Dalmases, de familia comerciante por ambos lados con la hija de Manuel Bosch, jurista ; o del jurista Francesc Rius i Bruniquer con la hija del comerciante Jaume Folguera...) alianza efectiva que rompía los escrúpulos teóricos de juristas como Amigant o Tristany que intentaron frenar con argumentos legales el ascenso a la nobleza de los mercaderes (Amigant escribió en esta línea su *Discurso sobre la pretensión del privilegio de noble* (1670) y Tristany su *Discurs de les contrafaccions del privilegi novament al estament dels mercaders matriculats de Barcelona concedit* (1680)[17]).

Es difícil cuantificar los niveles culturales de las élites catalanas. Lo que podemos aportar al respecto son sólo los datos de la alfabetización y posesión del libro de las élites que han investigado las tesis doctorales de Manuel Peña y Javier Burgos[18]. En el siglo XVI, la mayor familiaridad con el escrito en la sociedad barcelonesa lo tiene el clero (90 %) y las profesiones liberales (70 %) seguidos de la nobleza (60 %) y los mercaderes (55 %). La alfabetización en el siglo XVIII en Barcelona progresaría en los tres primeros estamentos citados (siempre con la misma jerarquización : clero, profesiones liberales y nobleza). En la Girona de 1787, según J. Antón, eclesiásticos, abogados, comerciantes y altos funcionarios reflejan un 100 % de alfabetización[19].

La posesión del libro ofrecería la misma estratificación. En el siglo XVI máxima en el clero (74'18 %) seguido de profesiones liberales (58'82 %, sobre todo juristas con un 87'2 %) y nobleza (44'97 %).

Igual jerarquía se observa en el siglo XVIII : clero (94'5 %), profesiones liberales (73'6) y nobleza (70'8 %). La principal novedad en este siglo es la escalada cultural de la nobleza, en parte por la vía del proceso de integración en su seno de individuos procedentes de profesiones liberales. El número de títulos reflejaría una jerarquía diferente : nobleza, burguesía comercial, profesiones liberales y a cierta distancia el clero.

La realidad cultural de las élites catalanas se explica en función de los siguientes conceptos :

1) La ausencia de la capitalidad estatal particularmente acusada a lo largo del siglo XVI, que proyecta a las élites a la emigración a Castilla por la vía de la mixtificación matrimonial con la nobleza castellana o a un cierto

---

17. R. Mª. Alabrús, *Pensament polític i opinió a la Cataluña moderna (1652-1759)*. Tesis doctoral, UAB 1995.

18. M. Peña, *Libro y lectura en Barcelona, 1473-1600*, Tesis doctoral. UAB 1995 ; J. Burgos, *Imprenta y cultura del libro en la Barcelona del siglo XVIII*, UAB 1993.

19. J. Antón, *El límite cultural de las élites. En torno a la división socioprofesional. Gerona siglo XVIII*, artículo inédito (próxima publicación).

ensimismamiento que se denota en la proyección cultural hacia el derecho o el culto de la memoria histórica propia. La corte de la administración virreinal o la « corte » episcopal nunca pudo ofrecer, salvo casos muy particulares, la fascinación mimética del aparato estatal. La castellanización en la producción literaria, más que a factores de imposición vertical desde arriba, se debería a factores de la demanda del mercado que cada vez más se plantea la edición de libros en términos de rentabilidad. La castellanización en el consumo cultural conviene subrayar que según M. Peña no empieza en la élite nobiliaria, sino más bien entre los mercaderes. Las élites más que castellanizarse, lo que hacen inicialmente es italianizarse. Sólo empieza a abundar la posesión en las bibliotecas de las élites de libros en castellano en el último tercio del siglo XVI, siendo evidente la atracción por la literatura castellana del Siglo de Oro.

En el siglo XVII, la revolución catalana de 1640 radicalizó el larvado conflicto lingüístico entre el castellano y el catalán, con signos de persecución del castellano como revelan el diálogo de Aminta y Doblón (1641) o las denuncias del P. Jerónimo de San José. Las bibliotecas durante este período parecen más proyectadas hacia el libro catalán. A partir de 1652, en los años de la reintegración de Cataluña a la monarquía, la convivencia lingüística vuelve a la cultura catalana con hegemonía creciente del castellano en las bibliotecas. Los certámenes literarios de la segunda mitad del siglo XVII siguen ofreciendo romances en castellano, catalán, latín e italiano. Los argumentos que avalan la escalada del castellano siguen apelando al mercado. Feliu de la Peña escribe :

> Catalán, escribo en castellano por si saliere de los límites del Principado mi discurso, no advirtiendo defectos en nuestro natural idioma. Si defendiendo fueron cortos en ponderar sus excelencias nuestros catalanes Pujades,... Muntaner...
>
> Siendo catalán, y natural de Barcelona, parece devía escrivir esta obra en el catalán idioma ; pero para que se dilaten las noticias, y por los papeles y libros que en la centuria de 1600 se han descrito en idioma castellano desdorando algunas acciones de Cataluña, deviendo manifestar su equivocación, no puedo escursar la respuesta en la lengua castellana para que igulamente se entienda el cargo y la defensa.

En la misma línea se manifiesta un jurista como Luis de Valencia :

> Escribo en idioma castellano... para la comprensión universal ; pués en materias como éstas ella debe ser común y es justo purificar desde sus principios la fuente en la que todos hemos de beber.

En el siglo XVIII se radicaliza el dominio de la cultura castellana. La cultura catalana sufre lo que Josep Vinyals llama la « *taciturnidad nativa* » (»*si hubo muchos sabios pocos a la prensa trasladaban lo que encontrado en su seno adquirieron* ») y ello no sólo por el imperativo represor de la Nueva Planta. Ya durante la Guerra de Sucesión, puede decirse que de los 87 pliegos-romances registrados por X. Ibáñez treinta lo eran escritos en catalán y 57 (casi las 2/3

partes) en castellano. Y si tenemos en cuenta que la mayor parte de estos romances se publican en los años de la euforia austracista de 1705-1706, el porcentaje efectivo en catalán en los años de la Guerra de Sucesión es más bajo. Rosa Mª. Alabrús lo cuantifica en menos del 10 %. De 1700 a 1750 el inventario de la producción impresa que incluye Javier Burgos en su tesis doctoral sólo permite asignar a la producción impresa en catalán un 4'3 % combinando fundamentalmente temas de carácter jurídico-administrativo y religioso, con los juristas y clérigos como presuntos consumidores. Si en el impreso el triunfo del castellano es incuestionable, parece que el catalán encontró una vía de despliegue en el manuscrito, todavía en circulación más que notable[20].

2) El carácter abierto de esta oligarquía, lo que Amelang llamó elitismo incompleto que diferencia claramente a Barcelona de ciudades como Venecia permitió una porosidad de la frontera social de esta élite con el pueblo. De esa permeabilidad de las élites y las clases populares son buen testimonio las lecturas en las que se pone en evidencia que la temática de consumo literario era la misma en todo el espectro sociológico. Lo que variaba, entre las diversas clases sociales, aparte del número de libros, era sólo la especialidad instrumental – muy definido el libro instrumental especialmente en los juristas, médicos y clérigos – y la variedad y la calidad formal del producto – grabados, imágenes, formato, tipografía, etc. –. Se puede hablar de inclinaciones, de gustos, no de un modelo de lector. Se puede precisar en el siglo XVI una mayor proyección de las élites nobiliarias y clericales hacia el lulismo en contraste con una difusión más amplia del eximenismo que alcanza incluso a los mercaderes, pero en la que no participan ni juristas ni médicos. Asimismo se observa que las obras clásicas o las humanísticas son más frecuentes en las bibliotecas de nobles en la primera mitad del siglo XVI mientras que en la segunda mitad del siglo XVI parecen abundar más en las bibliotecas de juristas y clero. Ello puede interpretarse como signo indicador de la formación de la élite dirigente de la ciudad en la segunda mitad del siglo XVI. Por último conviene tener en cuenta que el clero parece ser la clase social que ralentiza más sus inquietudes culturales de cambio con fijaciones y resistencias culturales bien patentes y los juristas constituyen el grupo social más permeable a las diversas novedades culturales en el siglo XVI. A lo largo del siglo XVII y el XVIII la mayor evidencia de las bibliotecas barcelonesas es el eclecticismo que conjuga líneas culturales muy diferentes. La muestra más representativa es la biblioteca de Pau Iganasi Dalmases, a comienzos del siglo XVIII. Desde luego la penetración de la Ilustración francesa no puede aplicarse a un estamento social prioritariamente.

3) La evolución en la actitud cultural de las élites, con una progresiva receptividad o interés por la cultura que se hace patente, a caballo de la progresiva valorización de la nobleza-virtud o mérito frente a la nobleza heredada o de sangre. A mediados del siglo XVIII, Boixadors se expresaba contundentemente : « un noble sin letras es lo mismo que una nave sin remos,

20. R.Mª. Alabrús, *Op. cit.*, I, p. 52-60.

un ave sin plumas ». El discurso de los abundantes tratados catalanes del siglo XVIII incide en los tres conceptos : ingenio, luz y cultura, con toda una gama de adjetivos : discreto, prudente, grave, sereno, gustoso, claro, curioso y agudo, para describir el modelo cultural de estas élites, un modelo cultural que prima cada vez más el *gusto* adquirido frente al ingenio o el juicio (facultad innata de conocimiento) y que naturalmente se contrapone al espejo de la ignorancia del pueblo. La educación jesuítica en el Colegio de Cordelles y la vida cultural de la Academia de Desconfiats – reconvertida más tarde en Academia de Buenas Letras – reforzaron este elitismo cultural de estas élites. La desconfianza – *tuta quia diffidens* – fue el emblema de la Academia que simbolizaba bien la voluntad restrictiva, de recelo de la conciencia patricia frente a la realidad cultural plebeya, un recelo distanciador que se denota entre otros signos en la apuesta cada vez más firme por el castellano frente al catalán y la involución de la fiesta cortesana que Amelang bautizó expresivamente como la « retirada al balcón ». Es interesante subrayar que la tesis doctoral de R. M. Alabrús ha subrayado que no es cierta la etiqueta política que tendenciosamente se había puesto a las Academias : la de Desconfiats, austracista y la de Buenas Letras, proborbónica. De los 14 académicos fundadores de la Academia de Desconfiats, se observan filipistas beligerantes como Amat y Planella, Barutell, Junyent, Taverner, Copons y Rius i Falguera. Entre los primeros 26 miembros de la Academia de Buenas Letras, vemos al hijo de Pau Ignasi Dalmases, Ramón Dalmases i Vilana, Francesc de Sentmenat y Pere Serra i Postius, conocidos austracistas. Tampoco la Universidad de Cervera ha tenido la significación política que la historiografía nacionalista le ha atribuido como producto cultural del borbonismo triunfante en 1714.

Y es que la vinculación de las instituciones culturales en la Cataluña del Antiguo Régimen con la ideología política es cuando menos discutible[21].

Hasta aquí el presente de la investigación de las élites en la Cataluña del Antiguo Régimen. Del futuro de la investigación no debería hablar yo, sino los jóvenes historiadores de mi departamento aquí presentes. De sus aportaciones, sí quiero destacar en sus líneas de investigación :

1) La apelación a *nuevas fuentes* más allá de los clásicos inventarios post-mortem. Los encantes o almonedas utilizados por Javier Antón y Montse Jiménez permiten acercarse a lo que ellos llaman *lectura efectiva* de la sociedad gerundense del siglo XVIII. En Girona, las compras de libros suelen estár bien descritas por notarios, no así en Barcelona. Se incluye al comprador, su profesión, el titulo del libro y el precio. Las correspondencias de los canónigos y presbíteros de la catedral permiten complementar la adquisición de libros a larga distancia (Madrid, Barcelona o Roma). Los sermones, guías espirituales, directrices pedagógicas manuscritas e impresas (como las de Ventura de Avila, Juan Pablo Ballot, José Blasi, Pedro Bes, Francisco Bocanegra, Jaime Bonells, Valerio de Borja, Juan Borras, Mauricio Boyer,

21. Todos los datos aquí expuestos proceden de la citada tesis de R. Mª. Alabrús.

Campe, José Llosa, Luis de Olid, Francisco Orriols, Salvador Puig, Anton Ricarte, Antonio Manuel Riuz, Ciro Valls, etc.) están siendo explotadas por Montserrat Ventura que tras su estudio sobre la alfabetización se ocupa ahora de la educación catalana en el XVIII. Las dedicatorias y prólogos de los libros ofrecen informaciones muy útiles respecto a las relaciones internas de las élites, que están siendo analizadas por Manuel Peña.

2) El recurso a una *nueva metodología* se refleja muy visiblemente en las tesis de Javier Antón y Montse Jiménez que proponen un nuevo modelo del estudio de la alfabetización, que cruzando protocolos culturales, poderes municipales y libros parroquiales permite identificar todos los protagonistas de un año en concreto (1787) persiguiendo sus firmas a lo largo de sus vidas a través de sus compareciencias en la notaría. El método permite resolver el problema de la representatividad de las muestras y evalúa adecuadamente la calidad de la firma. El nivel de representatividad obtenido, es decir, los individuos a los que se ha conseguido hallar su firma supera el 72 % para los hombres y el 43 % para las mujeres.

3) Nuevas fuentes, nueva metodología, pero también *nuevos temas*. En este sentido destaca el esfuerzo de M. Peña en estudiar los círculos de la corte del virrey en el siglo XVI y A. Fernández por conocer los círculos universitarios – el papel de Lluis Joan Vileta en la segunda mitad del siglo XVI constituye un reto apasionante –. Javier Burgos, por su parte, se propone analizar la relación de Academias barcelonesas del siglo XVIII con el libro. J. L. Bertrán y A. Espino se proponen estudiar a fondo el Colegio de Cordelles, el núcleo de la educación elitista de los jesuitas, cuyas fuentes documentales están perfectamente localizadas y prácticamente vírgenes. Las redes de sociabilidad cultural de las élites catalanas empiezan a ser investigadas, en definitiva. El futuro es enormemente prometedor.